



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Desempleo estructural y educación permanente

Autor: Schaff, Adam

Forma sugerida de citar: Schaff, A. (1998). Desempleo estructural y educación permanente. *Cuadernos Americanos*, 5(71), 129-148.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 71, (septiembre-octubre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Desempleo estructural y educación permanente

Por Adam SCHAFF
SEC, Polonia

NUESTRO ENCUENTRO tiene como tema la paz en Europa con todos sus aspectos específicos. Quisiera agregar a las consideraciones ya desarrolladas algunas observaciones que pueden parecer a primera vista sin relación con nuestro tema principal, pero se vinculan con él —a mi juicio— de un modo orgánico. Se trata del problema social constituido por el desempleo estructural y la influencia que éste ejerce sobre la estabilidad de nuestras sociedades.

Comenzaré con una observación en apariencia trivial, pero de hecho esencial para la comprensión de las cuestiones que nos interesan. No se pueden en efecto tratar seriamente los problemas de la paz y de la guerra sin tener en cuenta el medio social de las poblaciones afectadas. Sabemos que toda comunidad humana amenazada por una explosión social busca un culpable y orienta su odio hacia enemigos exteriores, reales o imaginados *ad hoc*. La cosa es de tal manera evidente que no creo deber extenderme más tiempo sobre ella. Esto también concierne al problema social crucial de nuestra época, que es el desempleo estructural. Pienso que este breve prólogo es suficiente para introducir esta cuestión en nuestros debates sobre la paz en Europa.

La revolución industrial y el desempleo estructural

Mis consideraciones parten del hecho que vivimos actualmente la segunda, y posiblemente, según algunos, la tercera revolución industrial; el problema es trivial de todos modos. Los datos de los cuales disponemos son en este sentido formales y nadie podría contradecirlos. Ello no impide que hasta hace poco era una verdad que gustosamente se dejaba en silencio para no tener que considerar sus implicaciones sociales, de las cuales hablaremos más adelante.

Si el problema está desde hace un tiempo de moda, es que el desempleo estructural crece de un modo incontenible. Pero se sigue callando el lazo que existe entre estos dos elementos, a saber,

el progreso técnico y el crecimiento del desempleo estructural. Afir-
mo que esto engendra una situación socialmente peligrosa y car-
gada de consecuencias explosivas.

Veamos, aunque sea brevemente, la génesis de este fenómeno. Si la primera revolución industrial hizo que la máquina ayudara e incluso reemplazara al hombre en su trabajo manual, la revolución actual ayuda y reemplaza cada vez más al hombre en su trabajo cerebral. Es la esencia misma de la erupción informática lo que se realiza ante nuestros ojos. Entre sus efectos se puede citar, en primer lugar, la automatización y la robotización de la producción y de los servicios, así como el nacimiento de lo que se llama la inteligencia artificial.

Evidentemente estamos hablando de estos problemas extremadamente complicados de la forma más abreviada, pero aquí no hace falta decir más. Sólo se trata de tomar conciencia del hecho de que el progreso técnico, característico de la actual revolución industrial, hace inútil, y esto de forma cada vez más impetuosa y amplia, el trabajo —como ya hemos dicho, ahora no sólo físico— del hombre, reemplazándolo por máquinas automatizadas. La cosa es en sí positiva, ya que parece abolir la maldición de Yahvéh: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. El final de esta maldición bíblica, “Trabajarás”, ¿reabre sin embargo al hombre las puertas del Paraíso? ¿O por el contrario está amenazado por una nueva maldición: “¡No trabajarás!”? Es justamente de aquí que nace la cuestión que hoy nos preocupa: ¿cómo y de qué va a vivir ahora el hombre?

Me he permitido esbozar así los grandes problemas a los cuales volveremos más adelante. Debemos, sin embargo, preguntarnos si esta problemática es tan nueva y sorprendente como generalmente se cree. Como en este asunto hemos tenido precursores, vale la pena recordar sus ideas, tanto más que gozan de una autoridad indiscutida, la cual afirmará nuestra posición cuando desarrollemos nuestros propios conceptos que, por diversas razones —generalmente no científicas— pueden chocar con la resistencia de ese mecanismo defensivo que es la *disonancia cognitiva*.

Voy a referirme ante todo a una obra poco conocida, incluso por los especialistas, pero extremadamente importante por la resonancia general que merece, de John Maynard Keynes, *Economic possibilities for our grandchildren*, publicada en 1930. Encontramos ahí esta previsión significativa:

Estamos siendo afectados por una nueva enfermedad de la cual algunos lectores pueden no haber oído el nombre, pero de la cual van a oír mucho en los años que vienen, a saber, desempleo tecnológico. Esto significa desempleo debido a nuestro descubrimiento de medios para economizar el uso de trabajo, que se adelantan al paso en que encontramos nuevos usos para el trabajo [...] ¿Va a ser un beneficio? Si realmente creemos en los valores reales de la vida, la perspectiva abre por lo menos las posibilidades del beneficio. Sin embargo pienso con temor en el reajuste de los hábitos e instintos del hombre ordinario, en los cuales fue criado por innumerables generaciones, que se le puede pedir que deseche dentro de pocas décadas [...]

No hay país ni pueblo, pienso, que puedan mirar hacia adelante hacia la era del esparcimiento y la abundancia sin un temor. Es un problema temible para el hombre ordinario sin talentos especiales para ocuparse a sí mismo.

Queriendo rendir un homenaje al extraordinario don de previsión del desarrollo social del cual dio pruebas Keynes, hay que subrayar que escribió este texto en 1930. En esa época, no era cuestión ni de microelectrónica ni de segunda revolución industrial y de sus efectos. Keynes hablaba de *desempleo tecnológico* para designar lo que nosotros llamamos hoy *desempleo estructural*, pero no es el nombre lo que importa, sino el fenómeno que designa.

Y ya que se trata de precursores de nuestras ideas actuales, permítanme mencionar —por asombroso que nos parezca— al apóstol del liberalismo económico Milton Friedman, premio Nobel de Ciencias Económicas. Treinta años después de Keynes, pero también antes del comienzo de la segunda revolución industrial, en su obra *Capitalism and freedom* (1962) sentaba los cimientos de la doctrina moderna del *ingreso de base sin trabajo*, enunciando su teoría del *impuesto negativo sobre el ingreso*. Éste debía resolver el problema de la pobreza: toda persona que ganara menos que el ingreso exento de impuesto, debía recibir del Estado la diferencia (o la totalidad de la suma si no ganaba nada). Esta idea, con algunas modificaciones, fue retomada por James Tobin, también premio Nobel. Debo citar aquí también las ideas más radicales de Robert Theobald y de sus coautores, así como el memorándum del grupo *ad hoc* constituido por el Center for the Study of Democratic Institutions (*The Triple Revolution*).

Habiendo citado como es debido las autoridades en la materia, entre otras cosas para reforzar nuestra credibilidad ante los escépticos, pasemos ahora al problema mismo. Repitamos, aunque sea un truismo para todos los que conocen la cuestión, que el mundo

está viviendo su segunda revolución industrial. Sólo me falta agregar que a pesar de su ímpetu, ésta no está sino en su fase inicial y nos va a traer muchas cosas todavía más asombrosas.

¿Qué significa esto para la sociedad y más particularmente para el porvenir del trabajo y del desempleo estructural? Sostengo que esta evolución va a causar cambios revolucionarios en nuestra civilización considerada como un todo. Y esta tesis estará en el corazón de mis futuros argumentos. Mi razonamiento surge directamente y conforme al sentido común, en cuanto se tiene conciencia de los hechos fundamentales relativos a la revolución industrial en curso. Aquí no retengo sino una pequeña parte de sus numerosos elementos, que tocan a la informática, la microelectrónica, la biotecnología, la producción de energía, y que intervienen entonces en la automatización y la robotización de la producción y de los servicios.

Las ideas maestras en este proceso no remontan a más de cincuenta años, aunque se encuentren sus fuentes y primeros impulsos ya en el siglo XIX. La revolución que más nos interesa en este campo comenzó prácticamente con el empleo de los microprocesadores ("nacidos" en 1971) y sin embargo no son aún sino sus balbuceos infantiles. En el libro que escribí con Faye Dutchin (*The future impact of automation on workers*, Nueva York, 1986), Vassily Leontief compara el estadio que la producción automatizada alcanzará en el año 2000 con los progresos de la mecanización constatados en 1820. Desde el inicio de los años setenta, los progresos han sido muy rápidos y continúan hoy. Hace apenas algunos años, la multiplicación por cien de la eficacia de los microprocesadores condujo a una baja extraordinaria de su precio, que en pocos años quedó también dividida por cien. Hoy, cuando los macrocircuitos que integran cada uno un millón de transistores, son un hecho y que su desarrollo prosigue, todas esas cifras deben seguramente de haber sido superadas.

Podemos entender la envergadura de ese desarrollo recordando que hace aún poco tiempo, los grandes laboratorios estudiaban la fabricación de un circuito de un millón de transistores. Este fin no sólo fue alcanzado en 1989 con la producción de un circuito de 1 180 000 transistores, sino que IBM produjo procesadores con una memoria de cuatro millones de bytes, mientras que se trabaja en procesadores de 16 megabytes. Es cierto que cuando presento los datos, éstos ya son obsoletos. Se prevé que el siglo XXI verá aparecer procesadores que incluyen cien millones de transistores. Para

los profanos, esto pertenece al dominio de la fábula, pero se anuncia para el siglo próximo un circuito de capacidad equivalente al cerebro humano por el número de neuronas.

¿Qué significa todo esto desde el punto de vista que nos interesa aquí? El progreso extraordinariamente acelerado de la automatización y de la robotización de la producción y de los servicios, que termina de alguna manera por despedir la mano de obra humana, no en razón de la situación económica, sino por las tecnologías de punta que hacen superfluo el trabajo del hombre en estos dominios. La estructura misma del proceso social de la producción y de los servicios quedará profundamente modificado, teniendo como resultado el desempleo llamado estructural o tecnológico.

Evidentemente se puede discutir la envergadura, la tasa o la intensidad en esta baja de la demanda de mano de obra humana ausada por la automatización y la robotización. Se puede también pensar en compensar las pérdidas con la creación de nuevos empleos ligados a las innovaciones tecnológicas y a nuevas demandas provenientes de la producción y de los servicios. Sin embargo, a la luz de los hechos y de las previsiones relativas al progreso técnico que conduce la presente revolución industrial, no podríamos negar —so pena de que se nos acuse de ignorancia— que las nuevas tecnologías van a hacer caer dramáticamente la demanda de mano de obra humana y, en un número creciente de casos, a llevar a una demanda nula como efecto de una automatización completa y total.

La significación de esto queda clara para el porvenir del trabajo humano que aquí nos preocupa, y no se refiere ni al marxismo ni a ninguna otra ideología, sino únicamente al sentido común. El desarrollo y la proliferación de los autómatas hará simplemente inútil el trabajo humano en todos los campos donde encontrarán aplicación. Dicho de otra manera, se trata de una evolución que llevará a la decadencia del trabajo en el sentido tradicional de la palabra. Esto va a engendrar enormes complicaciones en la manera de vivir de la humanidad, pero no es un fenómeno negativo en sí. Por el contrario, va a requerir la puesta en marcha de profundos y conscientes cambios en los mecanismos sociales existentes. Es justamente esto lo que va a constituir el punto focal de nuestras siguientes consideraciones.

La ocupación contra el trabajo

Los hechos mismos y el sentido común, y no una ideología cualquiera, demuestran que a fines de siglo tendremos que enfrentarnos a un gigantesco desempleo estructural (actualmente, según las estadísticas de 1995, los países de la OCDE cuentan con unos 35 millones de desempleados registrados, a los cuales hay que agregar 20% de no registrados, es decir un conjunto de por lo menos 40 millones), lo cual va a crear una situación verdaderamente explosiva. Notemos que en 1997 la Oficina Internacional del Trabajo anunció oficialmente que hay actualmente en el mundo *mil millones* de personas sin trabajo. Sin modificación del sistema social actual, este proceso no puede más que acelerarse y agravarse, convirtiéndose en un peligro social creciente. Esto plantea una pregunta imperativa: ¿qué hacer?

A esta pregunta hay que encontrar dos respuestas: a) ¿qué hacer directamente en lo inmediato?; b) ¿qué estrategia a largo plazo es posible?

Nuestras consideraciones van a versar esencialmente sobre las acciones preventivas que se pueden imaginar en el cuadro de una estrategia a largo plazo. Sin embargo hay que decir de entrada algunas palabras —ligadas por otra parte a nuestro tema principal— sobre ciertos problemas que plantean las acciones inmediatas a emprender.

En este dominio deben enfrentarse dos tipos de acciones que esencialmente atañen a la competencia de los sindicatos: en primer lugar la disminución de la duración del trabajo y la división del tiempo así ganado entre la gente que busca un empleo, y en segundo lugar la instalación de una suerte de ingreso de base sin trabajo equivalente (no confundir con los actuales subsidios al desempleo), otorgado a las personas sin empleo.

La primera acción, la más evidente aunque es la que menos rinde los efectos deseados, no plantea problemas particulares, si no es la resistencia de los empleadores a una disminución del tiempo de trabajo sin reducción correspondiente de los salarios. Es la vía que eligen con más frecuencia los sindicatos y que convence con mayor facilidad a la opinión pública. La objeción es que las realizaciones en este campo son escasas, ya que las decisiones que conciernen a la duración obligatoria del trabajo no se toman en el plano internacional, donde asume su papel el aspecto competitivo de los precios: en efecto, nadie ni siquiera los obreros tiene

interés en obligar a su empresa a la quiebra como consecuencia de una alza de los precios de los productos en relación con los de la competencia extranjera. Limitado así el campo de maniobra, los resultados cuantitativos obtenidos, es decir el número de nuevos empleos, son pequeños, de lo cual dan testimonio las estadísticas.

Mucho más radical es la segunda solución: el otorgamiento a los desempleados de un ingreso de base sin un trabajo correspondiente. El costo de una solución tal, que comienza a pasar de la teoría a la práctica, por lo menos en los países ricos, no está a cargo del empresario, sino de toda la sociedad por intermedio del presupuesto del Estado. A más largo término, con el crecimiento continuo del desempleo y de las cargas que supone, el costo de una medida semejante no podría ser soportado ni siquiera por los países más ricos. El aspecto más grave de una acción de este tipo son las consecuencias sociales, nefastas al punto de obligar a buscar otra solución al problema. Es precisamente aquí que éste, como hemos anunciado, se relaciona con el tema central de nuestras consideraciones.

¿En qué consisten los aspectos negativos en los cuales pensamos?

En primer lugar, los autores de esta solución (entre los cuales sobre todo Milton Friedman, que había imaginado la *negative income tax* como un remedio al problema de la miseria en los Estados Unidos) no prestaban atención a los efectos financieros inmediatos de una medida que debía permitir a los individuos desamparados sobrevivir, pero no se preocupaban mínimamente de los aspectos sociales del problema. Ahora bien, éstos son extraordinariamente importantes: dar a la gente los medios para sobrevivir (medios relativamente elevados en una sociedad de abundancia), sin demandar a los beneficiarios de esta ayuda ninguna contrapartida, es la mejor manera de depravar a esta sociedad, y sobre todo a su juventud.

Evidentemente, ni Milton Friedman ni ninguno de sus cofrades que buscan mejorar, incluso radicalizar sus conceptos, jamás pensaron en esto, lo cual resulta de la estrechez de los horizontes de las ciencias especializadas, voluntariamente aisladas de una visión global de la sociedad. Tal es el precio que la ciencia moderna, por la fuerza de las cosas cada vez más compartimentada en los campos que le interesan, paga por haberse desviado de una visión global del mundo. Como decía Bertrand Russell (cito de memoria sus célebres palabras), sabremos cada vez más sobre un

fragmento cada vez más pequeño de la realidad, hasta saber todo sobre nada. Esto acaba con creciente frecuencia en resultados propiamente catastróficos.

En nuestro caso, los economistas que inventaban sus remedios a los males sociales de los cuales los habían encargado de ocuparse, se limitaron a la economía, dejando a los “colegas” ocuparse de los problemas sociológicos y psicológicos. El hombre no es, ¡por supuesto!, unidimensional y no se divide en partes independientes una de otra. Es simplemente un todo. Quien afecte ignorarlo y no tenga en cuenta este globalismo, no es más que un chapucero, sin importar los títulos y honores que le hayan sido acordados.

Consideremos por un instante esta cuestión desde el punto de vista no “científico” sino del buen sentido. Aquí un joven —perteneciente pues a la generación que debe preocuparnos antes que nada, ya que representa el porvenir y es sumamente vulnerable a todo comportamiento falso hacia ella— que no alcanza a encontrar empleo y, en lugar de un trabajo, recibe “gratuitamente” su *mínimo vital* (relativamente elevado en los países ricos), dispone de tiempo libre o, si se prefiere, de ocios prácticamente ilimitados y no sabe qué hacer con ellos. ¿Qué camino escogerá? ¿Va a seguir aprendiendo, estudiando? ¡Vamos! Si esto ocurre, será una excepción. Normalmente, va a encontrarse una “ocupación” que, de una u otra forma, va a llevar a la descomposición de su personalidad y quizás al crimen. Y nuestra bienhechora y “noble” solución, consistente en asignar un mínimo vital sin contrapartida en forma de trabajo, no hará más que estimular la descomposición de la sociedad en conjunto. En efecto, no se trata sólo de un individuo joven, sino de toda una generación. No debería abocarse a la solución de los problemas sociales quien no comprende que el hombre no vive solamente de su pan cotidiano, que todo joven debe tener la posibilidad de integrarse en la sociedad, de satisfacer su necesidad de acceder a un *status* social conveniente, y esto no puede serle asegurado sino por un trabajo —entendido en cualquier sentido de la palabra— en el seno de la sociedad.

No quisiera que esta filípica fuera entendida como una señal de oposición a la instauración hoy, en una situación en este sentido desesperada, de un ingreso mínimo sin trabajar, pues no veo otro medio de remediar el mal que es el desempleo. Es un paso adelante hacia la comprensión de la necesidad de un nuevo reparto del ingreso social y de una ayuda directa a las personas en la necesidad. Es por esto que me alegran las medidas recientemente adop-

tadas en este sentido por la Unión Europea. Sin embargo, debemos al mismo tiempo tener plena conciencia que, desde el punto de vista social, esto no puede ser más que una medida transitoria y debemos aprehender exactamente todas sus consecuencias negativas, a fin de pasar más rápidamente a las soluciones verdaderas, fundamentales. Y es justamente sobre éstas que deseo ahora concentrar nuestra atención.

Se trata de lo que he llamado más arriba *solución estratégica a largo plazo*. En pocas palabras, la cuestión se reduce a dar al término *trabajo* un nuevo sentido, y luego a reemplazar el trabajo entendido en su sentido tradicional por su nueva forma. Debo evidentemente ofrecer algunas explicaciones sobre mi pensamiento que, presentado en semejante resumen, puede parecer enigmático.

En el sentido actual del término, el trabajo significa un *gasto de energía tanto física como intelectual, a cambio de un salario*. Naturalmente, se da también este nombre a toda obra realizada ya no por un salario, remuneración u honorarios, sino para la satisfacción de esta o aquella necesidad propia del individuo. Sin embargo, la significación esencial, generalmente admitida, designa al *trabajo asalariado*. Ahora bien, como hemos constatado, la automatización y la robotización conducen a la muerte del trabajo humano "vivo" en todos los dominios abarcados por la revolución tecnológica y, a partir de allí, a la desaparición progresiva de la clase obrera, lo cual hace incrédulos a los interesados y a sus organizaciones. Yo entiendo su resistencia a la aceptación de los hechos, ejemplo típico de *disonancia cognitiva*, pero esto no cambia nada las cosas.

Con la nueva revolución industrial, hemos entrado en la era de la Gran Transformación, no sólo del sistema social, sino de toda nuestra civilización. Cuanto más rápidamente entendamos las nuevas reglas del juego y pongamos en función las medidas necesarias para adaptar la sociedad a esta nueva situación, mayor será el provecho para nuestra vida social.

Se trata sobre todo del porvenir del trabajo. Sé que es extraño, incluso inverosímil, oír hablar de decadencia del trabajo, de desaparición de la clase obrera o de las capas trabajadoras, del reemplazo acelerado del hombre por autómatas, pero estos fenómenos no por eso son menos reales. Ni siquiera digo *desgraciadamente reales*, pues es una buena nueva, naturalmente a condición de que el hombre aporte las modificaciones indispensables a los meca-

nismos sociales en los cuales ha vivido hasta el presente y a los cuales está acostumbrado.

Huir al mundo de las ilusiones, consolarse tratando como fantasiosos a los portadores de las "malas" nuevas, no es un remedio, sino un veneno, pues esto retrasa la puesta en marcha de las medidas necesarias, aunque extrañas a los ojos de algunos. Hay que admitir —y mis amigos especialistas de las técnicas de punta que llevan a estos cambios me acusan de equivocarme en mis previsiones sobre la duración de los acontecimientos y afirman que llegarán más pronto— que la sociedad del "pleno empleo", por más que digan los hombres políticos de izquierda o de derecha, asustados por la envergadura de los acontecimientos, pertenece a un pasado ya para siempre transcurrido, y que habrá menos trabajo en el viejo sentido del término.

De ello hay que sacar las consecuencias. ¿Esto significa que, habiendo perdido la posibilidad de tener un trabajo en el sentido tradicional de la palabra, el hombre no hará ya nada y que estará condenado a aprovechar la beneficencia social? ¡Es absurdo! El hombre continuará trabajando, como siempre lo ha hecho desde el alba de la humanidad, pero su trabajo tendrá una nueva forma, como por otra parte tenía una forma diferente antes de la llegada de la civilización del trabajo asalariado. Algunos querrán consolarse diciendo que en efecto nada cambiará fuera del nombre dado al trabajo. Tengo que desilusionarlos. En efecto, tantas cosas van a cambiar, incluyendo lo que nosotros hoy llamamos trabajo, que va a significar el comienzo de una nueva civilización. A la civilización del trabajo va a sustituirse la civilización de las ocupaciones, con todas las consecuencias sociales que derivan, consecuencias que ya hacen tomar a buena parte de la sociedad posturas defensivas, aunque no estamos todavía en el estadio conceptual.

Pasemos entretanto en revista los problemas que se plantean: ¿por qué las ocupaciones difieren del trabajo tradicional?; ¿de qué ocupaciones puede tratarse?; ¿quién financiará estas ocupaciones después de la desaparición del trabajo asalariado?

Comencemos por la diferencia entre la ocupación y el trabajo. Cuando el hombre trabaja, efectúa diversas operaciones, siempre ligadas a un gasto de energía, tanto física como mental, pero lo hace en contrapartida de una remuneración. Es un trabajo asalariado, fundado sobre el contrato entre el empleador, que es generalmente el dueño de los utensilios y de las materias primas o materiales necesarios, y la persona encargada de ejecutar este trabajo,

sea manual o intelectual. El obrero, empleado, etc., es libre propietario de su fuerza de trabajo.

Ya hemos dicho que tal es la significación tradicional de las relaciones de trabajo. No olvidemos sin embargo que es una tradición relativamente reciente. El hombre siempre ha ejercido su fuerza para transformar los dones de la naturaleza, sin lo cual no habría podido sobrevivir, pero las formas sociales de su actividad evolucionaban, y las que hemos llamado hoy tradicionales, fundadas sobre el trabajo asalariado de un trabajador libre, no cuentan modestamente más que con algunos centenares de años. Si éstas dan lugar entonces a formas nuevas, adaptadas a las nuevas herramientas o modos de producción, no habrá nada de extraordinario, aunque nuestra manera de vivir quedará por esto radicalmente modificada.

Actualmente existen fábricas automotrices enteramente automatizadas, contabilidades bancarias totalmente informatizadas, centenares de otras actividades donde el trabajo del hombre ha sido eliminado, pues los autómatas hacen las cosas mejor, más rápido, más barato, etc. Esto hace nacer un desempleo estructural, debido no a la coyuntura económica, sino a la revolución tecnológica (lo cual hace más pertinente el término de *desempleo tecnológico* empleado por Keynes). Hemos dicho que el hombre no va a morir sino —por el contrario— vivirá mejor, de lo cual existen manifiestamente las premisas. En lugar de ejecutar un penoso trabajo manual, o un trabajo intelectual mortalmente aburrido, ejecutará tareas socialmente útiles, incluso indispensables, pero difíciles de realizar en las condiciones actuales. Este tipo de ocupaciones llevará simultáneamente a un desarrollo más favorable y completo de la personalidad humana.

¿Qué significa esto concretamente, y cuáles serán estas ocupaciones? Tal es la segunda pregunta a la cual nos hace falta responder para resolver el problema.

Es evidente que una buena parte de las ocupaciones a las cuales el hombre se entrega y que entran en la categoría de trabajo, en el sentido actual del término, seguirán siendo como son también en la nueva época. Se trata de todas las actividades humanas que no pueden ejecutar los autómatas, y por lo tanto en primer lugar las que exigen un trabajo cerebral creador, innovador. Todas las otras esperanzas en este dominio deben por ahora ser clasificadas en el campo de la ciencia-ficción. Es difícil decir —y por otra parte inútil— qué porcentaje de las actividades actualmente clasi-

ficadas en el cuadro del trabajo se conservará en el porvenir. Más importante es la constatación que una buena parte de estas actividades va a decaer, lo cual hace inevitable e irreversible el desempleo estructural.

Por otra parte, no será menos necesario llenar el vacío así creado en la vida de los hombres, no solamente por razones materiales, a fin de asegurarles la posibilidad de adquirir medios de subsistencia, sino también —algo que no hay que olvidar nunca— por razones morales, para dar un sentido a su existencia; papel que asumía hasta el presente, por lo menos para la gran masa, el trabajo, en cuya ausencia la patología social se haría inevitable. Como hemos dicho más arriba, dar a la gente —no sólo a los jóvenes, aunque es de ellos que se trata en primer lugar— los medios para vivir, sin ninguna obligación en contrapartida, llevaría inevitablemente a la degeneración de la sociedad. Es justamente este peligro el que ignoran los economistas “puros” que proponen salvar la situación con la distribución de un ingreso mínimo sin obligación de trabajar, y que no se preocupan del resto, lo que equivale a dejar después a los hombres a su suerte.

Es aquí que interviene el concepto de ocupaciones socialmente útiles a las cuales deberían dedicarse los beneficiarios de esta asistencia, a cambio del ingreso que les aseguraría la sociedad (por intermedio de esta o aquella institución). Se trata entonces de una forma distinta de trabajo, institucionalmente significativa, pues no sería ya un trabajo asalariado, siempre ligado a la posibilidad de una explotación del hombre por el hombre. Hay aquí una diferencia esencial, a la cual se agrega la mayor posibilidad de elección para el individuo de una ocupación que responda a sus preferencias y a sus necesidades.

Hemos prometido dar ejemplos concretos de lo que hay que entender por ocupación. La mayor parte de las actividades que constituyen tal ocupación ya existen, por lo menos en forma embrionaria, de lo cual es responsable la dificultad de su financiamiento.

Comencemos con ejemplos triviales que ofrece toda la esfera de la educación y de la cultura. Éstas albergan en efecto inmensas posibilidades aún inexplotadas de desarrollo y de extensión: educación de los adultos, formación permanente, múltiples tipos de enseñanza o de actividades en todos los dominios de las artes, etcétera.

Otra esfera, aún más subdesarrollada que la primera, es la de los esparcimientos, y de los deportes en particular. No olvidemos

libre que hoy. ¿Sabrán aprovecharlo? Bastantes ejemplos prueban que hoy día son aún incapaces. Recordemos aquí los temores que albergaba Keynes preguntándose si el *hombre de la calle* sabría resolver este problema. Hay que enseñar a la gente no solamente a practicar los deportes (se lo hace hoy día, pero en pequeña escala, pensando sobre todo en los deportes de competencia, lo cual es otra cosa), pero también a emplear sus tiempos libres de las formas más diversas, si se quiere evitar que se orienten al alcoholismo, la toxicomanía, el desenfreno sexual, etc. Un campo inmenso de acción se abre aquí ante nosotros, que no ha sido hasta ahora objeto más que de una labor inicial y poco profunda.

Otro campo de actividad, quizás potencialmente más vasto, que hasta ahora no ha sido explotado más que en los países ricos, y esto por desgracia sólo de manera embrionaria, abarca las múltiples formas de protección, ayuda o asistencia social. La profesión de *social worker*, de ayudante o asistente social, conocida únicamente, como hemos dicho, en los países ricos, es decir en una pequeña parte del globo, ofrece ciertamente más posibilidades. Se trata, en efecto, de la ayuda a las personas de edad que serán cada vez más numerosas, a los jóvenes, a las mujeres que tienen diferentes problemas, a las familias en situación difícil, a los enfermos y a los inválidos, a los disminuidos físicos, etcétera.

Es una fuente inagotable de actividades extremadamente necesarias desde el punto de vista social, pero prácticamente no ejercidas en nuestros días, más que en muy pequeña medida, únicamente por falta de medios y de personal calificado. Queriendo resolver la cuestión que nos preocupa, asegurar una ocupación a una multitud de gente, hay que estar sin descanso formando, educando a un ejército de *social workers*. Vista la dificultad de las tareas que tendrán que realizar y los rasgos de carácter que se exigirá de ellos, es decir una vocación parecida a la de las Hermanas de la Caridad, es un diseño gigantesco, también en razón del número de gente que esta profesión demandará.

Hasta ahora hemos hablado de actividades u ocupaciones ya conocidas, ejercidas aquí y allá en una mayor o menor medida. Pero he aquí que se erige ante nosotros la tarea más importante, que hasta ahora no realiza más que un puñado de apasionados. Es la ayuda al Sur, es decir, a la aplastante mayoría de la población de nuestro globo, que vive en la miseria y la ignorancia, y a la que a menudo diezman el hambre y las enfermedades. Aquí realmente queda todo por hacer, y sin la ayuda, no solamente material, de los

países industrialmente desarrollados, el mundo conocerá una catástrofe de consecuencias verdaderamente incalculables.

Yo no trato ni siquiera de descifrar todos los aspectos de este problema. Es suficiente tener conciencia de que existe para darse cuenta de la inmensidad de las tareas a emprender y de la necesidad de formar una legión de especialistas en todos los campos que ayudarán en el lugar a las poblaciones dañadas a construirse un nuevo y mejor porvenir.

Éstos no fueron más que ejemplos de lo que entendemos por *ocupación* o *actividad*. No habíamos prometido nada más y tampoco hace falta más, para comprender que hablar de la decadencia del trabajo en el sentido actual de la palabra no equivale de ninguna manera al anuncio de un cataclismo social. Nada permite decir que no habrá ocupaciones, actividades, en una palabra, trabajo, en su nuevo sentido, para proponer a la gente. Muy por el contrario, la sociedad de este porvenir cercano sufrirá falta de mano de obra para el ejercicio de todas las ocupaciones indispensables para su buen funcionamiento. Tanto más que hemos dejado hasta ahora fuera del radio de nuestras preocupaciones un problema del cual, vista su importancia primordial, trataremos separadamente, a saber, la formación permanente de toda la sociedad sin ninguna excepción.

Queda por dilucidar la última cuestión planteada más arriba: ¿por quién y de qué manera va a ser pagado, financiado, todo esto?

La respuesta es relativamente fácil y simple, aunque esté en el origen de la aprehensión y de la resistencia que manifiesta una cierta parte de la sociedad. La comunidad no ofrece más que un producto social, una *hogaza de pan* a compartir entre todos. No se puede, por cierto, esperar un nuevo maná celestial. Así pues, a menos que se planee la condena a muerte de todos los desocupados, lo cual no piden ni siquiera los más rabiosos defensores de la propiedad privada —no por razones morales, ya que sabrían encontrar de todas maneras excusas y absolución, sino por miedo de la explosión social dirigida contra los eventuales verdugos— nos vemos obligados a aceptar lo inevitable. ¿Cuánto van a durar las disputas sobre este problema, cuánto tiempo resistirán todos aquellos que no quieren en absoluto ver reducida su parte de la *hogaza de pan* común? Esto depende del desarrollo y de los efectos del combate social a librar. Incluso frente a sus dirigentes, tan a menudo oportunistas, pero aferrados a sus puestos, son los sindicatos

nudo oportunistas, pero aferrados a sus puestos, son los sindicatos los que tendrán un papel decisivo en esta lucha que, esta vez, será realmente una lucha por la vida de las masas trabajadoras.

Para consolar a las *clases propietarias* a las que tal perspectiva asusta, agreguemos que su parte proporcionalmente reducida del ingreso social será en cifras absolutas mayor que antes. La explicación es simple. El producto social del mundo automatizado será incomparablemente mayor que antes: los autómatas y los robots producirán y asumirán los servicios más rápidamente, a menor costo y con mejor calidad que hoy, mientras que los consumidores serán más numerosos y mejor provistos. Entonces, ¡fuera espantajos! Todos sacarán provecho, con la ventaja de la paz social como suplemento.

¿Cómo las instituciones apropiadas van a remunerar a la gente que se encargará de las ocupaciones sociales? No vale la pena entrar en los detalles que podrían colocarnos al borde de la ciencia-ficción. Sin caer en estos vericuetos podemos y debemos ya decir que las cosas se harán de una manera similar a la remuneración actual de los funcionarios del Estado y de las comunas. Conforme a los principios admitidos, estos funcionarios son pagados por la sociedad, pues desempeñan funciones necesarias a la existencia y al desarrollo de la misma. No producen nuevos valores materiales, pero participan en el reparto del producto social que es su efecto. Nadie se asombra de ello, todos lo encuentran justo e inclusive le confieren un prestigio particular a ciertos representantes del cuerpo de funcionarios. Nos acostumbraremos muy pronto a la nueva situación y a la aparición de nuevos *funcionarios* desde el momento que habremos constatado su utilidad social.

Para cerrar esta parte de nuestras consideraciones, queda por examinar la cuestión de la educación continua, llamada también permanente, entendida como actividad u ocupación social universal. Es un problema que, visto en esta escala, es relativamente nuevo, pero que adquirirá una importancia extraordinaria en la sociedad futura.

La nueva sociedad y la formación permanente

COMENCEMOS por constatar que tanto la idea como la práctica de la formación permanente, llamada también educación continua, proseguida por toda la vida del hombre, no son nuevas. El concepto mismo, aunque bajo la forma de postulado utópico, ha sido mu-

de la historia de las ideas. En cuanto a la práctica, sin nombres altisonantes, constituye el pan cotidiano de todo científico que, sobre todo en el campo de las ciencias experimentales, no podría nunca progresar, ni como investigador, ni como médico practicante, ingeniero, jurista, etc., sin enriquecer continuamente los conocimientos ya adquiridos. No descubrimos el agua tibia, pues, sino que proponemos simplemente algunas innovaciones en este campo.

Ante todo la formación permanente debe concernir a todos los adultos sin excepción, y no sólo a algunos intelectuales.

En segundo lugar, el objetivo buscado no es solamente ampliar los conocimientos del individuo, aunque esta finalidad persiste, sino también ofrecer una ocupación a cada uno —la búsqueda de su educación— que reemplazaría el trabajo perdido.

En tercer lugar, sería cuestión de que, aunque sólo fuera por su especificidad, este proceso de formación permanente debería estar convenientemente estructurado, lo cual es una tarea enteramente nueva.

Toda esta concepción se relaciona evidentemente con un porvenir muy lejano, donde el proceso de decadencia del trabajo estaría muy avanzado, y donde —como proponían Theobald y otros pensadores— cada ciudadano percibiera desde cierta edad un ingreso mínimo sin trabajo equivalente, asignación que debería reembolsar al Estado desde el momento que sus ingresos superen los límites fijados por la ley. Será entonces necesario, por varias razones, instaurar —independientemente de las diversas ocupaciones ofrecidas a la gente y remuneradas por los organismos sociales apropiados— el deber de proseguir su formación permanente. Queda claro que el respeto de esta obligación será controlado, aunque más no fuera, porque de él dependerá el pago del ingreso mínimo debido a cada uno. Sería ridículo querer aquí y ahora determinar el modo de funcionamiento de los diversos mecanismos que exigirá la realización de este diseño complicado. Será suficiente señalar las diversas necesidades que entrevemos, dejando a los hombres del futuro el cuidado de establecer la manera de satisfacerlas.

Tratemos, sin embargo, de aportar nuestra contribución a la futura y concreta discusión sobre las formas eventuales de esta formación permanente. Es tanto más necesario cuanto haría falta desde ahora, por lo menos, preparar algunas medidas de largo aliento. Vista su complejidad, demandan tiempo y asiduidad. Además,

el largo plazo es una medida relativa, aunque sólo fuera por el curso extraordinariamente rápido de las transformaciones sociales. Y los objetivos diseñados hoy como a largo plazo serán muy probablemente realizados en el espacio de algunas décadas. Para algunos, ya estamos en cierto sentido en *Zeitnot*, en retraso sobre el tiempo establecido, para emplear un término del juego de ajedrez.

Queda claro que la formación permanente no podría revestir un carácter escolar, libresco. Por otra parte sería insensato y a menudo imposible atiborrar continuamente el cerebro de la gente con conocimientos nuevos, con los cuales no sabrían prácticamente qué hacer. Todo individuo debe tener un bagaje escolar mínimo para funcionar en la sociedad a un nivel conveniente. Su educación posterior no puede ser sino voluntaria, eligiendo el interesado libremente las orientaciones y temas que convienen de la mejor manera a sus necesidades y a su personalidad. Se trata, por otra parte, de acumular un saber no solamente intelectual, sino también práctico, que versara sobre los distintos dominios de la vida social que corresponden a lo que el hombre quiere hacer en la vida. Después del periodo de escolaridad legal obligatoria (que será ciertamente más rico en enseñanzas y por lo tanto más largo), todo ciudadano continuará aprendiendo en los campos teóricos y prácticos que habrá elegido. De esta elección dependerá evidentemente su futuro *cursus* educativo. A mi entender, este *cursus* deberá en conjunto adoptar la siguiente forma.

El primer estadio será siempre la enseñanza primaria y secundaria obligatoria, a la cual el aumento del número de conocimientos y el alargamiento del tiempo de escolaridad conferirán ciertamente una forma distinta a la actual. Parece evidente, en efecto, que habrá que reformar y diversificar esta enseñanza que no debería a ningún precio ser únicamente académica. El *cursus* escolar deberá necesariamente estar adaptado a las exigencias sociales y culturales de la región y/o del país interesado. El recurso a la memoria de las computadoras evitará sobrecargar la del alumno. En las clases terminales, los alumnos deberán tener más amplitud en la individualización de su propio *cursus* escolar, tal como se practica hace tiempo en la enseñanza de los distintos países. Para que el nuevo sistema funcione, es necesario que difiera radicalmente del sistema tradicional para la diversificación de los tipos de enseñanza, el establecimiento de un lazo entre las materias teóricas y prácticas,

incluyendo los trabajos manuales, la apertura más amplia posible sobre las opciones individuales que encajen con los dones y capacidades del interesado, etcétera.

El segundo estadio, digamos universitario (que también demanda reforma), debería asociar el estudio de la disciplina elegida con el ejercicio de actividades en calidad de maestro, instructor o animador en la enseñanza pública o en otro dominio. El objetivo es que, siempre prosiguiendo el ciclo de la educación general obligatoria, el individuo se comprometa desde ya en la vida social activa, asociándola a la continuación de sus estudios, lo cual le dará más madurez como estudiante y al mismo tiempo como ciudadano. El tipo y la cantidad de trabajo que tendrá que suministrar como instructor o animador (y la demanda será fuerte al respecto) serán función de la orientación dada a sus estudios.

El tercer estadio será el del empleo, si el interesado responde por sus calificaciones a la demanda. Y será, también, la continuación de sus estudios en un campo libremente elegido, asociado a una ocupación de docente o formador de más alto nivel, o a un empleo permanente.

Es evidente que grupos de expertos serán los encargados de elaborar los programas y el *cursus* de esta educación continua facultativa. Ésta podrá consistir en una profundización de los conocimientos en el campo principal del saber ya adquirido por el interesado, o en el estudio de otras materias que despierten la curiosidad. De todos modos habrá que concebir y poner en función diferentes modelos de asociación del empleo o de la formación permanente.

¿Cuáles serán las ventajas de semejante programa de conjunto?

En primer lugar, aportará una solución radical y socialmente útil al problema del desempleo estructural.

En segundo lugar, instaurará el principio de una constante dinámica social que incrementará el nivel de vida social y operará para el acceso de todos al modelo del *hombre universal*.

En tercer lugar, conducirá a un cambio radical de la naturaleza misma de la sociedad, cuyos miembros pasarán del estadio del *Homo laborans* al del *Homo studiosus*, sin por ello perder su carácter de *Homo ludens*. Esto será un progreso indiscutible.

En conclusión de todo lo que hemos dicho hasta ahora, bien se debe plantear la cuestión: ¿por quién y cómo se debe realizar todo esto?

Las nuevas tareas

LA respuesta a esta cuestión es muy clara: son tareas que conciernen indudablemente a la UNESCO y que hay que inscribir en su programa, ya que la situación está madura e impone en consecuencia objetivos nuevos. Dada su importancia social, y la rapidez de la evolución que hace el problema extraordinariamente agudo, la UNESCO deberá intervenir lo más rápidamente posible. Dispone, por otra parte, de la experiencia necesaria, mientras que los medios financieros serán más fáciles de encontrar cuando los países miembros se confronten al agravamiento de la situación sobre el frente internacional del desempleo.

Es evidente que este nuevo y gigantesco objetivo exige el lanzamiento de un Proyecto Mayor, con una prioridad absoluta sobre todas las otras actividades de la UNESCO. Esto probablemente hará necesarios también cambios en la estructura interna de esta organización internacional. La primera y urgente necesidad que se impone es la creación de Comités de Expertos, encargados de planificar la operación y luego de dilucidar los diferentes problemas que van a plantearse. Con el tiempo, también les será necesario *descender al terreno* para examinar más de cerca las especificidades culturales regionales de los diversos programas, dejando luego a los países interesados su puesta a punto definitiva.

Así se diseña un gigantesco programa de acción, probablemente el más grande de todos los que la UNESCO ha inscrito en la historia. Sería poco sensato intentar aquí esbozar ni siquiera sus contornos, ya que lo esencial es señalar a debido tiempo el problema y subrayar su enorme importancia. Personalmente estoy convencido de que la elaboración y la realización de este programa serán para la UNESCO un examen de madurez, examen en el cual —por razones más que evidentes— no tiene el derecho de fracasar.

Sería sin embargo un error considerar únicamente las organizaciones internacionales que, de alguna manera *ex officio*, están llamadas a resolver los problemas de este tipo. Esta tarea incumbe, naturalmente, también a otras organizaciones, no solamente gubernamentales, activas en este dominio. Concretamente hablando, es también tarea nuestra. Tanto más que las organizaciones llamadas oficiales callan y no parecen nada urgidas por pasar a la acción.

No pienso que nosotros, en tanto que organización, seamos capaces de resolver un problema de este tamaño. Es demasiado difícil. Pero podemos ejercitar nuestra energía en el buen sentido,

estimular a aquellos que tienen en primer lugar el deber de emprender las acciones necesarias. Podemos también dar el ejemplo, aunque sea en escala reducida, de la manera en la cual puede y debe abocarse al problema para resolverlo. Sería un soberbio éxito de nuestro actual encuentro inscribir claramente esta tarea en nuestro programa y emprender acciones prácticas que vayan en ese sentido.

Traducción del francés de Hernán G. H. Taboada